

GILRAEN EÄRFALAS

# Eres el amor de mi otra vida

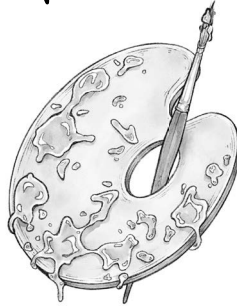


PORQUE A VECES EL AMOR DE TU VIDA  
NO ES TU ALMA GEMELA

GILRAEN EÄRFALAS

Eres el  
amor  
de mi otra vida

# Capítulo 1



*El arte es para  
consolar a todos los que están  
rotos por la vida.*

Vincent Van Gogh

*01 de agosto de 1965*

Heme aquí, sintiéndome como una mujer que se ha enterado por undécima vez que su prometido ha sido encontrado en pleno acto de adulterio, sin saber si rabiar, ir a reclamarle, o hacerse de la vista gorda y volver a sus actividades porque, total, era un mal hábito más que debía respetar porque él fue tan gentil de advertírselo desde la primera semana en que se conocieron.

# Puñetazos por el arte: Daniel Gastón golpea a ofertador y desafía a la justicia

Domingo, 01 de agosto de 1965

**D. F.** El pasado viernes, el mundo del arte se vio sacudido por una figura excéntrica y controversial: el joven pintor de tan solo veintisiete años, cuya fama ha crecido por su obsesión por retratar a la misma mujer de cabello caoba y ojos con heterocromía, atacó a golpes a un galerista para evitar que su cuadro cambiara de dueño ante sus ojos.

Las obras anteriores que intentaron salir del patrón de su musa principal, como sus cuadros de aves y flores, fracasaron estrepitosamente en encontrar público interesado. Por lo tanto, no tuvo más opción que aparecer con una interpretación de la aclamada mujer misteriosa de mirada bicolor. Los postores atónitos no tardaron en lanzar la casa por la ventana apenas se dió la puja inicial, la tensión se palpaba en el aire, el bajar y subir de carteles era

incesante. Después de una guerra de ofertas de diez minutos, el galerista veracruzano Zayas rompió récord con una cifra que sobrepasó los ciento veinte mil pesos. Los aplausos y gritos no se hicieron lentos para inundar la sala. En lo que el adjudicatario alzaba el lienzo en lo alto, orgulloso de su victoria, sucedió lo impensable, con una mirada desafiante y los puños bien cerrados, presa de una ira incontrolable, Daniel Gastón irrumpió el festejo golpeándolo salvajemente para quitarle la pieza de las manos.

Los gritos y el caos invadieron el lugar. Los testigos de este evento describen el acto como un duelo pasional entre el arte y el comprador.

¿Pérdida de juicio? ¿Amor? ¿Locura artística? No cabe duda que el famoso pintor decidió llevar la frase «no tiene precio» a un nuevo nivel.

La razón detrás de su negativa a vender sigue siendo un misterio. Hay quienes afirman que fue una planeada estrategia para aumentar el valor del cuadro, sin embargo, la preocupación por la salud mental del joven artista se ha apoderado de la comunidad.

Por el momento, las autoridades aún no han decidido si presentarán cargos contra el joven luchador.

Solo el tiempo dirá si esta decisión impulsiva lo llevará a lo más alto o, por el contrario, marcará el fin de su carrera.

Cierro el periódico decepcionada. Apoyo mis brazos en la barra de la cocina y observo el lienzo que cuelga en la pared principal de la sala. Un rostro pálido y alargado, dulce pero sombrío, un esbozo de sonrisa falsa acompañada de una mirada sibarítica, o al menos eso siento yo. No quiero mentir, no es fea a la vista, es un tanto agradable. Si la hubiese encontrado en un museo, la apreciaría unos minutos y expresaría un comentario halagador, aunque fugaz. Una buena pintura de la que hablaría en alguna comidilla, un té entre amigas, como uno de esos comentarios sin importancia que metes de relleno cuando te estás quedando sin tema de conversación; no obstante, después de verla decenas de veces en los vestíbulos, el pórtico y en libretas, me ha enfermado. No pagaría miles de pesos por tenerla, y tampoco golpearía a nadie por conservarla.

Suelto un suspiro largo y lleno de pesar.

Camino al taller, me quedo en la puerta observándolo mientras revuelve la pintura roja, rosa y naranja, crea un color melocotón, sumerge el pincel y lo lleva primero a una hoja para probarlo antes de darle el visto bueno. Los labios y los ojos son su mayor preocupación, puede pasar toda la noche buscando el tono perfecto, aunque esta vez lo ha encontrado pronto.

Lleva el pincel a la boca y da ligeros plumazos al labio superior. Está tan concentrado que ni siquiera se ha percatado de mi presencia.

—Daniel —lo llamo; él solo sumerge y pinta, sumerge y pinta.

Me esfuerzo por no cruzarme de brazos y por no engarrotar las manos, pero mi pie me domina y comienzo a dar pequeños zapateos de desesperación.

Clap, clap, clap...

Daniel suelta el pincel, aprieta los párpados y me devuelve la mirada con la cara tensa, pues sé cuánto detesta ese sonido de los pies desesperados.

—¿Otra vez tendremos esta plática, Emily? —Mueve el cuello de izquierda a derecha para destensarse y escucho el crujido de sus cervicales.

—¿Qué? No he dicho nada malo. —Me hago la desentendida.

—No necesitas decir nada, tu cara me dice todo. —Se limpia las manos con un trapo húmedo y gira su asiento hacia mí.

—Yo solo me estaba preguntando si este sí lo vas a vender o será un adorno más de la sala.

Posa sus ojos enmelados y vibrantes sobre los míos, una mirada inocente y confundida, como la de un niño que recién comienza a diferenciar el portarse bien del portarse mal. Volteo la cara para no verlo directamente, con los labios fruncidos para no soltar maldiciones, pero siento cómo se acumulan en mi garganta ocasionando que me arda el estómago.

Él se pone de pie y repite mi nombre.

—Prometimos ya no discutir. —Su aliento huele a que estuvo comiendo dulces de menta y naranja. Se acerca a mí. Con el índice y el pulgar, toma mi barbilla y me mueve el rostro para que lo mire de frente—. ¿Lo recuerdas?

Sus pupilas se dilatan y contraen rápidamente. Mueve el pulgar hasta mi labio inferior con suavidad, una amenaza de que quiere besarme.

—Lo siento, perdón. —Sacudo la cabeza queriendo regresar en mí después de mi mal viaje a la cólera—. Me desequilibró esa nota que escribieron sobre ti en el periódico.

—Me tiene sin cuidado lo que digan.

—No me has contestado el porqué te arrepentiste de venderlo.

—Pues... —frunce el ceño pensativo— creí que nunca volvería a hacer otro igual, quise conservarlo.

Como si no hubiera conservado ya treinta.

—Sí. —Inhalo profundo—. ¿No crees que un día se van a aburrir de la misma cara? Tal vez, solo tal vez, otro rostro de vez

en cuando no caería mal. Recuerdo haber escuchado a dos señores hablar entre dientes sobre ello. Creen que te has estancado y que ya no eres capaz de hacer algo nuevo que resulte exitoso.

Daniel chasquea los labios.

—Ajá. ¡Pues que se aburran! —Se encoge de hombros—. Nadie los obliga, pero, casualmente, esos mismos pelafustanes asisten a todas las subastas; así son los críticos, Emily, bola de frustrados, hablan mal de lo que más les ha gustado, sí los conozco.

Su mirada castaña queda liberada y regresa a ver su cuadro a medio terminar con melancolía. Se frota la barbilla, parece pensativo.

—Podría hacerlo, podría hacer más cosas —Mira su godeite—. Sin embargo, me gusta mi personaje, Espejo ha sido mi firma por años, ni siquiera necesito poner en una esquina «Daniel Gastón» para que sepan que es mío.

—Nada más decía, ya sabes, para callarlos un poquito.

—¡No voy a cambiar solo porque dos tontivanos entre copas insinúen que debería ser lo que ellos dicen que debo ser! —resopla con enfado—. Aprende eso, Emily: nunca dejes que alguien te imponga el camino que debes seguir. Hay cientos de pintores, ¿no? ¿Por qué regresan a mis exposiciones entonces? ¡En fin! —Suelta un bufido—. Así me quede en bancarrota, no puedo cambiar, nunca hice esto por trabajo, se convirtió en mi trabajo sin yo tocar ninguna puerta; aquí donde me ves, no estoy en hora laboral, estoy siendo feliz.

«Es feliz».

No me queda más que asentir y morderme la lengua para no seguir insistiendo.

Veo su pecho subir y bajar tratando de tomar aire nuevamente después de semejante discurso contra la crítica. Lo peor es que mentí, nunca escuché a ningún crítico decir tal cosa; he

imaginado que lo dicen entre sus chismorreos, pero nada más, o quizás solo yo lo pienso. No sé por qué lo dije.

Sobo sus brazos para relajar su exaspero y le ayudo a reman-  
gar su camisa, aunque ya está bastante percutida por el agua-  
rrás, eso no le quita que se vea bien en ella. Tiene manchas de  
pintura desde los dedos hasta las muñecas. Amo sus dedos, son  
largos y pálidos; las venas del dorso de su mano sobresalen,  
puedo seguir su recorrido hasta el antebrazo. Mi gesto reblan-  
dece su rostro, ladea una sonrisa y se forman unas comillas en  
su mejilla.

—¿Y qué te dijo Enrique sobre la exposición? ¿El galerista  
presentará cargos?

—No, no lo golpeé, solo lo empujé un poco, no está heri-  
do... Enrique es otro caso. —Aprieta los ojos con hartazgo—.  
Me ha dado un mes para darle dos cuadros para ponerlos en  
venta, o si no me mandará al carajo; sí así lo dijo. A veces no sé  
qué tanto lo necesito.

Masajeo los hombros de Danny.

Enrique, su representante, es un hombre difícil, no obstante,  
ha apostado cada centavo por su arte desde el último año del  
instituto.

—Ambos se necesitan.

—Lo sé.

Lo abrazo y reposo mi cabeza en su pecho. Él me corresponde  
y me acaricia el cabello. Siento cómo se van atorando sus dedos  
con todos mis nudos, pero, con gentileza, trata de deshacerlos.  
Se aparta con suavidad y se deja caer en el asiento para ponerse  
a mi altura y mirarme de frente.

—¿Ya te dije lo preciosa que te ves esta mañana? No te había  
visto ese vestido y..., espera —me acerca su nariz al cuello—  
¡traes el perfume! Creí que no te había gustado. —Vuelve a  
acercar su nariz fría a mi cuello y, como un latigazo, se me eriza

la piel desde la nuca hasta la cadera. Muero y resucito cada vez que inhala y exhala sobre mí. Nota mis nervios estremecidos y sonrío.

Viviría entre sus arcadas dentales toda la vida.

—Me fascinó, lo quería estrenar en una ocasión especial, como la boda, pero...

—Nada, nada. —Chasquea la lengua—. Los días especiales son todos los días, no solo una boda.

Hace una mueca con los labios expresando delicia.

—Es muy dulce —comento.

—Es *gourmet*, notas de haba tonka, lichi, crema pastelera, malvavisco quemado y... —olfatea otra vez—, debe ser durazno, sí, en definitiva, es durazno. ¿Será en almíbar? ¿Qué piensas?

—¿Lo leíste en algún lado? La caja no dice eso, ¿me estás tomando el pelo?

Suelta una carcajada.

Me acerco el cuello del vestido a la nariz; pese a que no percibo nada, pongo cara de darle la razón.

—Traje algo de verduras y huevos para hacer el almuerzo. Anoté una receta que me escribió Diana; es sencilla, tampoco creas que será el gran banquete, pero... ¿vienes a la cocina conmigo?

—Enseguida, solo pongo el lunar arriba del labio y voy. —Me da un picorete en la nariz y regresa a su asiento. Se lleva la mano a la barbilla y la mira desde varios ángulos, calculando el punto exacto donde va el lunar, justamente alineado con la comisura interna del ojo izquierdo y el segundo premolar, si me la sé de memoria.

Silba y mueve su pie al ritmo de una melodía inventada. Frunzo los párpados.

«Es feliz».

Respiro hondo.

También yo debo ser feliz; es decir, soy feliz, estoy haciendo lo que amo, tengo un trabajo medio estable, estoy sana, un garbato no tiene por qué quitarme el sueño.

Salgo del taller dispuesta a preparar algo no tan elaborado, pero que sea digno de llamarse «desayuno completo». Soy pésima en la cocina, todo se me quema. Aunque me propongo estar al pendiente de la estufa, siempre surge algo que me distrae. Hace tres semanas arruiné un pollo entero por no saber mover la temperatura del horno y terminamos comprando la comida de la fonda de la esquina. Daniel me ha repetido que no quiere una cocinera, solo una esposa; no obstante, el señor Florentino me tiene traumada y harta diciéndome cada mañana que si ya aprendí una nueva receta y que mi marido de tortas de jamón no va a vivir. ¿Y por qué no? Yo he comido eso por años y aquí estoy, medio viva, pero estoy.

—«Duermo para intentar volver a verte, solo ahí vuelves»  
—escucho a Daniel cantar como todo un dolido.

¿Por qué, Dios? ¿No pudo escoger manzanas, acaso? ¿Un petirrojo, un gordo como Botero? ¿Niños llorones como Bruno Amadio? Él y su chica triste.

Mi madre me decía que no me involucrara con este muchacho, con ningún artista en realidad: no piensan cosas coherentes y se les hace coherente lo que no tiene pies ni cabeza. Lo poco que sé de mi padre es que era músico y le encantaba escribir canciones de engaños y desamores. ¿Y al final qué pasó? Se fue con una cabaretera dos meses antes de que yo naciera. Mi madre nunca superó esa traición y pasó toda su vida culpándolo de todos sus males: de sus dolores de espalda, sus arrugas, sus canas y su menopausia prematura; y, por si fuera poco, detestó la música hasta el día de su muerte, tanto así que me hizo jurarle que para su entierro no mandaría a traer a ningún mariachi.

Pico la verdura y la lanzo al sartén; tomo uno de los huevos y, vacilante, lo abro, lo arrojo junto a los condimentos y se me va media cáscara. Intento quitarla con la punta de las uñas, pero la grasa toma vida propia y me ataca con más gotas embravecidas, una me cae justo en la mejilla.

Corro al lavamanos y me echo agua a la cara.

No pasó nada, aquí no pasó nada.

Me tallo con la yema de los dedos, con el consuelo de que, al menos, no pasó a mayores. ¡Dios! No entiendo quién inventó el aceite, debe haber alguna manera más...

¿Qué es ese olor?

Maldita sea, la estufa.

Corro a ver la comida: los tomates se oscurecieron, el huevo se hizo carbón.

Se quemó... y en mi cara.

Contemplo el desmadre que hice en la cocina. Qué vida tan rara; quería hacer una salsa y un pelo más y terminan los bomberos aquí.

Abro las ventanas para airear el olor a chile quemado.

¿Ahora qué? ¿Torta otra vez?

Me doy risa, de verás.

Echo un vistazo a la pared principal y mi risa cesa. Todos los malestares estomacales del mundo se me reavivan con solo verla, ahí, en el cuadro más grande de la casa, el cual adorna la sala; apenas abres la puerta principal, ahí está, con la mirada retadora y juzgona. Ahora mismo parece que quisiera reírse del desastre de la cocina. De todas las pinturas, esta es la que más he odiado; es tan real que se siente palpable. La mujer está envuelta en una tela rosa salmón translúcida que remarca sus curvas; da la apariencia de traer un vestido, pero al observarla detalladamente te das cuenta de que solo es una manta delgada que deja entrever los pezones erectos color almendra, que, aunque trata de

cubrirlos con los brazos, a propósito no lo logra. Un ojo avellana y el otro color aceituna. No importa desde qué ángulo la mires, ellos te observan.

*Espejo*, así la llama Daniel, pues dice que es su versión femenina, su otro yo, un *alter ego* que surgió en la universidad y que, desde entonces, lo ha llevado a alcanzar todos sus éxitos. Y lo entiendo hasta cierto punto, lo que no puedo creer es cómo un hombre pueda imaginarse a sí mismo en el sexo opuesto y pretender que tendrá los senos del tamaño de dos toronjas.

Miro los míos y los mido con mis manos. Son más como naranjas.

«¿Por qué no te vendieron?».

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Quemaste algo?

Me quito las manos de los pechos, esperando que no me haya visto comparándolos.

—El aceite me atacó.

Él se acerca a la sartén donde todavía yacen los restos de los tomates calcinados y ríe de forma aparatosa. Con un tenedor toma un poco del guiso ennegrecido.

—Está bueno —comenta con la boca llena.

—Deja eso —se lo arrebato—, te hará daño.

—En verdad está bueno, la comida quemada sabe mejor, ¿no te lo he dicho?

—Ja-ja —enfático el «ja» con sarcasmo.

Me presiona la mejilla.

Daniel recarga sus codos en la barra de la cocina y añade:

—Iré a verte el sábado.

—No, no, yo vengo el lunes temprano... No quiero estar en la sala del señor Florentino todo el rato mientras nos hace preguntas indecorosas.

—Ese ruco... —resopla—. Ya deberías venirte a vivir conmigo, no sé cómo lo soportas.

—¿Qué dices?

¿Me pidió vivir con él?

Mi corazón brinca de pronto.

—Sí, deberías hacer tus cosas y venirte de una vez. ¿Por qué esperar? Vente, Emi, esta es tu casa. —Ladea una sonrisa y mueve su nariz.

—Pero..., los papás de Diana, su familia, no quiero decepcionarlos, sé lo que van a andar hablando y...

—Siempre el qué dirán, ¿verdad? —interviene, haciendo un gesto de cansancio con los ojos.

—No, no es eso. No me importa ser la comidilla de la colonia, pero sé que a ellos les importaría muchísimo que los vecinos se la pasen cuchicheando y... ¡deja de tragarte eso! —Le quito la sartén y tiro el contenido a la basura—. ¡Estás loco, eso no es comestible!

—Eres una excelente cocinera. —Se chupa los dedos y ríe. No sé si conmigo o de mí, no me importa, que ría. Su mandíbula se remarca cuando sus labios se estiran para dibujar una amplia sonrisa.

—Deja de burlarte. —Quito mi cara de tonta.

—Piensa lo que te he dicho. —Me aprieta la barbilla y me da un pequeño beso—. Cuídate —añade, haciendo un saludo militar.

Si por mi fuera, ahorita mismo estaría con las maletas en la puerta tomándole la palabra, pero también pienso en mi madre; aunque no está, sé que su ilusión era que saliera de blanco, dando el sí en el altar.

Daniel se da la vuelta y camina hacia su taller.

Lo llamo antes de que vuelva a encerrarse.

—Danny.

—Dime —sonríe y sus hoyuelos se remarcan.

—¿Algún día me pintarás a mí?

—Sin duda —responde con ternura. Me mira de arriba abajo y respira con quietud—. Espero un día poder tener la técnica adecuada para hacerle justicia a tu belleza.